

Arte en la escuela, ¿para qué?

*Leonardo M. Rivera Bernal

El presente artículo busca iniciar una reflexión alrededor del sentido que puede tener el arte, como área de conocimiento, dentro del contexto escolar.

La relación entre arte y escuela es una premisa que ronda los ámbitos de lo pedagógico y de lo educativo desde hace ya bastante tiempo; sin embargo, retoma interés en la actualidad, más cuando uno de los temas favoritos del momento es la escuela del siglo XXI. Y, desde el interés que se ha despertado sobre las características que debe poseer la educación y la escuela del próximo milenio surge con mucha fuerza una pregunta: ¿Para qué queremos el arte en la escuela?

La pregunta así formulada es demasiado reduccionista; por eso, ampliaremos el marco del cuestionamiento: ¿Realmente podríamos hablar de arte en la escuela?

Esta ampliación es necesaria puesto que el Arte, como tal, es decir, como producto cul-

tural específico, no puede ser tomado a la ligera; y dentro del contexto escolar aún menos, dado que aquello que se genera en la escuela, como producto de la formación educativa a través de las clases de arte, no es Arte, y no debería pretender serlo.

ARTE Y ARTISTAS

Hacer referencia al ARTE, en un sentido serio y comprometido, es decir, desde la misma perspectiva que lo afronta el investigador socio-cultural al cual se denomina artista, exige clarificar la diferencia existente entre producir objetos con materiales plásticos o generar productos por medio de técnicas artísticas; igualmente, copiar obras de reconocida significación histórica, frente a aquello que se considera verdadera producción artística.

También se precisa una clarificación frente a la realización de actividades expresivas en la escuela, las cuales se escudan en una falsa



sensibilidad, algo superficial, pero sin un respaldo en verdaderos procesos creadores, sin la rigurosidad que caracteriza la producción artística real.

Tales clarificaciones nos llevarían a definir y comprender que el arte, en su esencia expresiva e intelectual, no es un elemento común a la escuela. Lo que tiene lugar en la escuela es una aproximación intrascendente, desde una perspectiva nocional, hacia aquello que es considerado como arte; razón de más para iniciar la reflexión alrededor del sentido del arte en la escuela, y del objeto de lo artístico dentro de un ámbito educativo.

La existencia de este acercamiento nocional e intrascendente es lo que imposibilita la presencia del arte en la escuela; porque para hacer referencia al mismo se exige algo de claridad en su propio proceso de génesis.

El Arte y el artista surgen del desarrollo de una sensibilidad desde un plano totalmente consciente, son producto de un arduo trabajo, el cual se concentra en la búsqueda de un pleno desarrollo creativo y expresivo en el individuo que lo asume. Individuo que piensa, siente y vive el mundo de forma particular, pero no por ello desligado de los demás.

Un artista es un intelectual serio y dedicado, quien en alguna oportunidad puede acceder al honorífico título de Maestro; título que no es concedido por un certificado, sino por el quehacer que lleva a los discípulos a ver en ella o él a un guía, un orientador, un punto de referencia; situación que lo convierte, simultáneamente, tanto en punto de partida, como en punto de llegada. Y ello debido a que la naturaleza individual del maestro se

convierte en modelo de actuación, de expresión y de vida para el discípulo que lo admira por su esencia misma; un discípulo que admire y respete a su maestro tratará de emular aquellos aspectos del mismo que le resulten altamente significativos. Buscará, entonces, alcanzar desempeños similares a su modelo; pero además, en el camino de búsqueda de esa maestría que admira, irá construyendo su propia esencia individual, con lo cual la imagen idealizada del maestro se convertirá en un referente, un punto de partida, para apuntar a metas más altas, más exigentes. En parte, ésa es la gran importancia de conservar la esencia del Maestro.

Tal connotación de maestría se ha venido diluyendo en la actualidad debido a que el ejercicio de las disciplinas expresivas ha llevado a niveles de desempeño muy pobres en las manifestaciones cada vez más abundantes dentro del mundo de lo artístico, desvirtuando así ese sentido de calidad global que puede encerrar el concepto de Maestro.

Siendo una situación cotidiana dentro del amplio marco de la cultura donde la expresión artística profesional se desarrolla, se ha llegado a la generación de una pobre percepción sobre la esencia del artista, en tanto maestro, por parte de las personas ajenas al contexto artístico propiamente dicho. Poco a poco, el sentido de maestría, propio del profesional de los lenguajes artísticos, se ha venido diluyendo dentro de una simple actitud discursiva y dentro del mero trajinar técnico; así, el sentido de «magis» se ha reducido al mínimo.

Y es inadmisibles llegar a desvirtuar el sentido y la connotación que posee el título de

Maestro en el ámbito artístico, dada la insinuación de un doble significado: *Magister sui*, es decir, el dueño de su ser y de su hacer; y *Magister alterius*, dominador de los demás para enriquecerlos.

Acceder a ser considerado como Maestro, en arte, es alcanzar un alto nivel tanto en lo técnico como en lo personal; es conservar el sentido del *Magister latino*, es asumir la esencia de la búsqueda de la perfección, para sí mismo y para otros.

Ese sentido podría llegar a ser uno de los puntos de contacto real entre la escuela y el arte, pero las fronteras entre ambos son muy amplias, y el artista aún no tiene cabida dentro del ámbito escolar, y no puede tenerla debido a que su trabajo se apoya sobre una concepción del mundo basada en la realidad y, siendo sinceros, la escuela aún se encuentra bastante alejada de la misma.

El arte como producción, en su connotación de obra de arte, es la objetivación de estructuras objetivas que son producto del trabajo humano.¹ Es la construcción de un objeto donde se exteriorizan las estructuras cognitivas, representativas y simbólicas.

El producto artístico es la presentación o representación de una forma de conocimiento particular, sea visual, corporal, sonoro, o audiovisual. Pero como producto de un individuo, está determinado por el contexto al cual pertenece, que caracteriza y da forma a un marco socio-histórico que define el sentido de la obra realizada.

El arte, en su sentido real, es algo demasiado complejo y amplio como para llegar a con-

siderar su verdadera participación dentro del contexto escolar. Se trata de un área de conocimiento que exige su propio espacio y dedicación exclusiva para llegar a comprenderla, incluso a desarrollarla como tal; y la escuela tiene demasiados intereses y posee objetivos ya de por sí muy complejos como para tener que incluir algo más a la amplia gama de responsabilidades que la sociedad actual quiere exigirle.

Es decir, el Arte no es competencia directa de la escuela, entre otras cosas, porque la escuela no debe preocuparse por la formación de artistas; justamente, el área de conocimiento artístico ha desarrollado sus propias escuelas a lo largo de la historia y según sus propias necesidades contextuales. Lo que sí puede pedirse al arte y a la escuela es una relación de mutuo enriquecimiento para impulsar los potenciales personales de cada individuo que acceda a cualquiera de estos ámbitos. Esta relación puede darse debido a la naturaleza humana de ambos espacios, y al tipo de impacto que pueden llegar a generar en las personas.

Tanto el arte como la escuela y los procesos que implican y posibilitan, están directamente relacionados con la esencia humana de la persona, contemplando sus diversas dimensiones.

La historia del arte y de la escuela muestra cómo la esencia humana ha determinado sus características a lo largo de las diferentes épocas, marcando su particularidad en contexto; ambos responden a las necesidades sociales e individuales, así como buscan reflejar la realidad que las concibe y estructura. Pero, a pesar de tales similitudes, arte y



escuela conservan sus propias particularidades que deben ser respetadas y aceptadas en caso de asumir un proyecto educativo donde se enriquezcan mutuamente. Por que el ideal sería que ninguno, arte o escuela, absorba y anule la esencia propia del otro; en cuyo caso se rompería el delicado equilibrio que exige llevar el arte a la escuela como un espacio de enriquecimiento para la formación integral de la persona.

En el arte, y en la Escuela, se generan procesos que implican alta significación para los individuos que los experimentan, creando cambios profundos en lo actitudinal y lo cognitivo, con todo lo que ello puede implicar para la formación de una persona, en todos sus aspectos individuales y sociales. Al aprovechar esas similitudes esenciales, dentro de un mismo marco educativo, sería posible enriquecer la dinámica de la formación verdaderamente integral, más aún cuando hemos visto que se afecta lo particular individual y lo colectivo social.

Semejante proceso debe, además, involucrar el sentido de lo local y de lo nacional, puesto que el proceso formativo apunta a la consolidación de una identidad propia, y un proyecto de esta naturaleza exige una construcción conjunta de lo educativo, lo cual de alguna manera soporta y reafirma una de las premisas del proyecto educativo mundial, para el siglo XXI, aprender a vivir juntos. Un espacio muy adecuado para estructurar esa idea es enriquecer y consolidar la relación arte-escuela.

El arte, en ese sentido global, que lo convierte en un espacio supremamente complejo, involucra dentro de su esencia muchos

aspectos; podríamos referenciar aquí los básicos que son eje de su posible relación con la escuela. El arte es lenguaje, donde se utilizan medios, códigos y se genera un habla, un texto, para establecer líneas de comunicación y de exposición de alguna idea propia del individuo-artista, o del colectivo-artista. Además, es expresión de sentimientos y de percepciones, pero para ello debe primero haber generado un proceso de percepción de una realidad dada, su asimilación y su posterior configuración como conjunto de formas expresivas. También es producto, esa configuración es la forma que adquieren las ideas gracias a un proceso que desarrolla el artista en su plano cognitivo, de pensamiento, pero tal proceso configurador se ve influenciado por el contexto cultural donde se desarrolle el artista, mismo que generará unas diversas maneras de ver y sentir el mundo, de pensarlo y, por supuesto, de asumirlo. Así, el arte también es un ejercicio del espíritu; toda producción artística es, de hecho, una proyección de las creencias y valores propios de cada artista, o de un colectivo de artistas. Solo haciendo este recorrido superficial y sintético sobre los aspectos que el arte implica dentro de la escuela, desde su esencia misma, podemos hacernos una imagen de la complejidad propia del área y de la exigencia que lleva su proyección dentro del ámbito escolar.

El arte en su sentido riguroso, como ejercicio profesional e intelectual sistemático, no se adapta con facilidad a la escuela regular; la escuela, tal como existe en la actualidad, no permite la presencia del arte en su quehacer. Sin embargo, existen puntos de contacto que abren la posibilidad de generar la relación antes enunciada. El arte, como ejercicio per-

sonal intelectual y práctico es un excelente espacio para el denominado desarrollo integral de la persona humana, entre otras cosas porque se trata de uno de los campos de saber más completos y rigurosos.

La escuela, dentro de las expectativas generadas frente al próximo milenio, es un espacio ideal para impulsar y desarrollar la formación humana, espacio que tradicionalmente ha llegado a ocuparse de la formación intelectual del ser humano, pero al cual se ha acusado de relegar las dimensiones espiritual, expresiva y afectiva de su labor: he ahí un espacio de mutuo enriquecimiento.

Y no porque el arte no incluya u olvide la dimensión intelectual, puesto que ella orienta y posibilita la acción artística, sino porque los profanos piensan que esa dimensión no posee cabida en el área del arte. Dicha apreciación resulta del desconocimiento sobre la realidad del proceso artístico, acaso debido al contacto con individuos que pregonan lo artístico desde la reducida perspectiva del simple hacer o del control técnico; artesanos que controlan su oficio, pero no verdaderos artistas, no intelectuales del arte. Una adecuada relación entre arte y escuela podría ayudar a superar estas falsas apreciaciones, llegando a establecer metodologías que, apoyándose en la riqueza del campo de conocimiento, artístico facilitarían y enriquecerían la dinamización de la acción escolar

ARTE Y PENSAMIENTO

Como producto humano, el arte se relaciona con marcos de pensamiento individuales. César Lorenzano ha propuesto que la obra de arte es la construcción de un objeto,

donde se exteriorizan las estructuras cognitivas, representativas, simbólicas². Tales estructuras son de carácter interno, producto de cada sujeto, son subjetivas; subjetividad generada por el mismo individuo a partir de su posición como sujeto epistémico, y de su intercambio con la naturaleza. Se consolida como un producto concreto, es decir, objetivo, concreto en su pensamiento. La obra es resultado del proceso subjetivo de construcción de un objeto interno (pensamiento) que no pretende guardar relación de isomorfismo con la naturaleza, sino con las estructuras internas que la generan.

Toda obra artística es abstracta cuando surge de un proceso similar, las verdades artísticas son muy relativas, demasiado subjetivas.

La producción artística es resultado del ejercicio de pensamiento, ejercicio que incluye variados procesos comunes a cualquier acción intelectual humana. La subjetividad del proceso interviene en la etapa final cuando cada persona decide el sentido que tendrá su producción, la manera de usar las formas para configurar su resultado artístico. Así se comprende que lo artístico no depende de un material o de una técnica, mucho menos del simple resultado; lo artístico depende de quien genera dicho proceso. Ya lo dijo Marcel Duchamp: arte es lo que hace el artista.

En nuestro medio pueden existir muchos individuos que controlan técnicas, formas, lenguajes expresivos, pero de allí a que puedan considerarse como verdaderos artistas existe un amplio trecho; el artista, incluso, podría existir en otros campos de conocimiento no tradicionalmente relacionados



con el arte, porque lo artístico es una actitud, al igual que la docencia. De allí la connotación compartida de la maestría como nivel superior al cual se puede aspirar en uno y otro contexto.

Dentro del contexto en que tradicionalmente se ha venido considerando lo artístico, se asume que la forma artística debe poseer esencia expresiva; la expresión es uno de aquellos campos con los cuales el arte podría enriquecer el ámbito educativo escolar.

Uno de los objetivos, supuestos, de la obra artística es la expresión; pero al considerar la expresión se deben contemplar tanto los aspectos contextuales que dieron origen a una obra, como la dinámica personal de quien configura la obra. Expresión viene a ser el resultado de proyectar la subjetividad, las características de personalidad, en un contexto dado; pero también es el resultado de aquella manera como el individuo ha asimilado su contexto, y como ese mismo contexto lo halla asimilado como individuo. De allí que expresión implica un problema de sentido, de significado, puesto que la obra-producto artística se crea para ser «leída», comprendida por otro, y ello implica que el código signico utilizado debe ser comprendido por un grupo humano específico; de lo contrario, no se lograría el objetivo de salir de sí mismo.

¿Qué tanto de esto se considera realmente a la hora de realizar productos en la escuela? ¿qué tanto de esto resulta claro para el docente dedicado al área? ¿qué tanto se lleva a la realidad práctica?

Finalmente, ¿cuán necesario y oportuno puede resultar el arte en la escuela?

¿ES NECESARIO EL ARTE EN LA ESCUELA?

Tal como se ha presentado el sentido de Arte, es fácil reconocer que no tiene cabida dentro del ámbito escolar.

Sin embargo, es urgente ampliar las perspectivas alrededor de las inmensas posibilidades que presentan algunas dimensiones del arte, al ser aprovechadas dentro de la escuela.

Pero tales posibilidades deben aprovecharse mediante experiencias orientadas por personas preparadas para ello; es decir, la única manera de abrir un espacio para el arte dentro de la escuela, dentro del ámbito de lo pedagógico, sería contando con personas, artistas o no, que posean una estructura conceptual y práctica que permita a otros el acceso a las puertas que puede abrir el arte en el ámbito escolar. Y eso significa que se necesitan pedagogos especializados en el desarrollo expresivo y creativo a partir del arte.

Sin estos profesionales de lo pedagógico y lo expresivo, se seguirá incurriendo en la generación de una imagen distorsionada, y errada, sobre el papel del arte en la escuela.

Semejante distorsión surge a partir de las apreciaciones reductivas sobre lo artístico, y sobre las experiencias artísticas que son producto cotidiano en la escuela.

Las manualidades no son arte, realizar montajes y mostrar bailes de origen folclórico no se puede considerar arte, interpretar melodías populares no es arte; quizás sean formas de expresión, más no pueden acceder al nivel de arte.

Es perdonable el hecho de que muchos profesores denominen como arte a cualquier producto espontáneo realizado por sus alumnos, y lo es, dada la ignorancia sobre lo artístico que existe en el ámbito escolar, ignorancia a la cual no escapan los docentes mismos.

Los principales culpables somos los mismos docentes del área artística, porque a nosotros nos hemos preocupado por acercar a los otros docentes a nuestro mundo conceptual y a nuestro imaginario cotidiano. Incluso el fallo puede estar en que no poseemos, aún, un discurso consciente y coherente sobre lo pedagógico-artístico, debido a lo cual tampoco nosotros estamos en capacidad de confrontar nuestras experiencias y apreciaciones sobre lo escolar, sobre la relación arte y escuela, en el discurso de lo pedagógico.

Semejante situación que acontece dentro del grupo humano dedicado a la educación artística, obstaculiza la posibilidad de sustentar la necesidad de contar con la presencia del arte dentro del contexto escolar.

Y, SIN EMBARGO, ES FUNDAMENTAL EL ARTE EN LA ESCUELA

Ajeno a que ésta situación se presente en la realidad escolar, y considerando que es muy limitada la claridad conceptual sobre el objeto de su quehacer, que se presenta en la mayoría de docentes dedicados al área artística, se puede reconocer la necesidad de contar con el arte en la escuela.

Resulta clara la exigencia de mayor profundización en cuanto a la construcción del dis-

curso pedagógico-artístico, por parte de los docentes dedicados al área. En la medida que eso se logre, se podrá pensar en el papel significativo que puede asumir el arte en el marco del trabajo escolar y docente.

Quizás aún no exista cabida para la concepción profunda de lo artístico dentro de la escuela. Sin embargo, la sociedad actual exige una educación más libre, espontánea, formadora, y estimulante para el pensamiento y la sensibilidad: una educación integral en lo individual y en lo social.

Y el arte puede aportar a todo ello, según como se considere y configure dentro del ámbito educativo y escolar. El arte como lenguaje permite ampliar horizontes de acción dentro de lo pedagógico, y por medio del arte es más fácil acceder al pensamiento como experiencia perceptual.

El arte en la escuela se puede considerar desde su dimensión como lenguaje y, desde allí, en su potencial expresivo; también debe considerarse como disciplina, puesto que se trata de un proceso sistemático y riguroso que debe ser aprovechado como elemento de formación individual; de igual manera, se debe contemplar el arte en cuanto producción de formas, las cuales se configuran con base en controles técnicos que exigen dedicación y ejercicio permanente. Todos estos aspectos contemplados en su globalidad dentro de lo artístico son los posibles puntos de apoyo para llegar a utilizar el arte como un medio educativo en la escuela.

El arte en la escuela facilita el acercamiento a lo reflexivo, a lo analítico, a lo expresivo, a

lo creativo; en una palabra, a la realidad. Porque a pesar de parecer contradictoria la referencia a una relación entre lo real y lo imaginativo-creativo, no existe tal contradicción, toda vez que la expresión que el alumno canaliza a través de las disciplinas artísticas es tan sólo el reflejo de su percepción de la realidad.

El arte puede permitir que el individuo se acerque a su verdadera dimensión humana, siendo la canalización y proyección del hombre que piensa, que hace, que trasciende y que juega, es el desarrollo de la persona.

La dimensión y enfoque que debe darse al arte en la escuela parte de la desestructuración de viejos paradigmas escolares; el arte debe romper y desarmar la arrogancia de la cultura teórica frente a la sensorial. Igualmente, debe confrontar a los que pregonan ese tipo de cultura basada sobre premisas puramente cognitivas, reducida al simple control sobre la información teórica, sobre lo que se ha dado en llamar una cultura libresca.

El arte es un rico campo de posibilidades para el impulso de lo educativo personal, se soporta sobre el pensamiento, sobre la reflexión crítica, sobre la disciplina personal, sobre la rigurosidad y el continuo ejercicio técnico; el arte en la escuela permite el impulso no sólo del pensar, sino del hacer, y éste como manifestación del ser, del sentir, del creer.

El profesor Rudolph Arheim lo ha expresado en forma clara: «El arte no es una isla; sirve para entender el mundo. Sus principios se aplican a todos los campos del conoci-

miento. Son un medio para entender el mundo a través de las imágenes».

Y no sólo desde lo icónico, puesto que imágenes encontramos también en la música y en la literatura, en toda forma de expresión artística existen imágenes; el mismo Arheim propuso un concepto totalmente novedoso para su momento: el pensamiento visual. El arte dentro del contexto escolar resulta fundamental, al ser un canal idóneo para desarrollar el pensamiento creativo dentro de la comunidad escolar.

La creatividad como capacidad humana en la cual se consolidan los procesos de pensamiento, actitudinales y de rendimiento; la creatividad como capacidad de reestructurar la realidad conocida con miras a establecer nuevas formas de concebirla, de asumirla, de intervenirla para cambiarla desde lo individual y lo social. La creatividad resulta ser tal capacidad, pero además involucra, como concepto, varios aspectos: la creatividad es proceso, es personalidad, es ámbito, es pensamiento y debe ser producto. Las simples ideas diferentes se limitan a la imaginación: para llegar a ser consideradas como creativas, deben consolidarse en un producto percible; de lo contrario, serán simple fantasía. Contemplar la dinámica que generarán los aspectos antes mencionados permitirá generar productos que posean un carácter creativo, y como tales estarán impactando la realidad colectiva, porque la creatividad posee una connotación de lo social, toda vez que ayuda a redefinir y reestructurar la realidad conocida.

Pero para aprovechar el potencial del arte dentro de la escuela, se requiere de una pedagogía artística, se exige un cambio de

actitud del docente frente al sentido de lo artístico y se precisa de un sólido discurso sobre educación artística. Una Pedagogía Artística requiere de una confrontación con la esencia tanto del arte como de la educación, para poder llegar a establecer los elementos fundamentales que posibilitan un mutuo enriquecimiento en la dinámica formativa del ser humano. En lo educativo se apoya e impulsa desde los conceptos y características propias de la Pedagogía, en lo artístico se consolida desde el carácter de espacio expresivo y cultural que es propio del arte y, conjuntamente, debe analizar de manera crítica la acción, práctica, y la conceptualización, teoría, que la sustenta. Una Pedagogía artística exige una construcción y consolidación de su esencia y sentido tanto desde la práctica sobre la realidad educativa y social, como desde la teoría que la fundamenta y la posibilita.

ARTE Y PEDAGOGÍA

El punto crucial de esta exploración sobre arte y escuela es aquel referido a la Pedagogía Artística. Cabe preguntar: ¿existe en nuestro ámbito escolar una verdadera pedagogía artística?

Ella no hace referencia a los contenidos técnicos de los programas ni a los productos generados por el alumnado. Una pedagogía artística se soporta sobre una Educación artística, y se consolida dentro del marco de la realidad escolar.

La pedagogía artística no es un problema de didactismo ni de dominio técnico; es lógico que requiere de unas ciertas técnicas de enseñanza que el docente debe conocer.

Igualmente, es básico poseer fundamentación técnica en la disciplina que se orienta.

La Educación Artística es una acción educativa general, es un cierto estilo que se confiere a las experiencias generadas dentro de la escuela; acción apoyada sobre la realidad. Ello implica que la educación artística y la pedagogía artística que teoriza sobre ésta, respetan las individualidades, tanto en los potenciales como en las limitaciones considerando los contextos en los cuales se desarrollan, las diversidades expresivas y perceptivas; la educación artística debe apoyarse sobre el principio del respeto hacia el alumno, y en esa misma medida consolidar la coherencia de su teoría Pedagógica.

Respeto dimensionado desde una esencia de alteridad, el respeto, reconocimiento y aceptación del otro, siendo otro y diferente a mí mismo; pero, previamente, sería necesario impulsar el desarrollo de esa base fundamental que permite al ser humano ser persona: la esencia de sus creencias y valores, la dimensión de lo espiritual. El arte, dentro del marco escolar, apoya el proceso individual de consolidar los valores en la medida que permite al individuo ir asumiendo su individualidad integral, y además permitiendo que ese mismo individuo proceda a exponer su esencia, expresando lo que es y lo que piensa, proyectando la espiritualidad de su ser. Finalmente, pareciera que el aporte más significativo del arte en la escuela fuera el posibilitar la consolidación de la dimensión espiritual del hombre. No debemos olvidar que la gran meta del arte es expresar el sentido íntimo del ser humano, allí donde está su espiritualidad, el sentido de su compromiso como individuo y como miembro de un



colectivo social, dimensión que debe ser respetada en el proceso educativo cotidiano.

Y el respeto implica que los docentes del área artística debemos aceptar la responsabilidad que conlleva el hecho de ampliar los horizontes sensoriales y expresivos de nuestros discípulos, porque en la medida que no lo permitamos, estamos limitando al alumno, estaremos incurriendo en un bloqueo sistemático de sus posibilidades, con lo cual sólo resta preguntar: ¿Por qué nuestros alumnos no poseen compromiso? ¿Por qué se convierten en seres acrílicos e insensibles socialmente?

Estas Preguntas resultan comunes para todas las áreas de conocimiento que se conjugan

en aquel espacio que llamamos escuela, pero que en la situación que aquí hemos concretado se limita al campo de la denominada Educación Artística, y de la Pedagogía artística que teoriza sobre ella Y la pregunta pertinente y de carácter personal que cada uno debería hacer, sería: ¿qué estoy haciendo para construir un discurso pedagógico artístico apropiado a las necesidades de los alumnos? que surja de la constante reflexión sobre luchas educativas que se enmarcan en exploraciones de tipo artístico.

Y sí no tenemos respuesta, sólo cabe decir:
¿El arte en la escuela, para qué?

Citas

¹ Lorenzano, Cesar. *La estructura sicosocial del arte, Siglo XXI, México, 1982, P25*

² *Ibid, p25.*